

El "debate de la nación" en España

por Danilo TRELLES, corresponsal

El largo torneo oratorio parlamentario que se realizó recientemente en España, calificado pomposamente por los medios de información como "debate de la nación", permite algunas reflexiones generales que merecen comentarse con los lectores.

En primer término la consideración general de que a través de este acontecimiento parece reafirmarse la idea de que en España todo opera por medio de dos fuerzas políticas cuyos términos de contraste parecen radicar más en el énfasis de las palabras o en la intencionada agudeza de ciertas agresiones verbales, que en las diferencias entre programas políticos o en las posturas que se asumen sobre los programas básicos del país.

Así parece demostrarlo lo que acaba de ocurrir en el pleno del congreso de España, en el que los dos intérpretes principales, el presidente Felipe González y el líder de la debate en el que, fundamentalmente, el primero ha tratado de explicar una actitud permanente del gobierno en contradicción con el programa electoral que ofreció su partido, mientras que a Fraga no le ha quedado otro recurso que lamentar que el presidente haya tenido que dar tantas vueltas para terminar haciendo lo mismo que la derecha preconizaba desde el principio.

Sin duda la única novedad del debate fue que el presidente se decidió finalmente a hacer pública una posición, largamente anunciada por una serie de síntomas, favorable a la permanencia en la OTAN. Aunque la novedad se había filtrado ya por muchas grietas, que revelan una vez más una inquietante inestabilidad doctrinaria, el hecho de hacerla pública durante el período de gestación del próximo congreso socialista, no dejó de llamar la atención, pues ya en el curso del debate fue posible apreciar una evidente frialdad de parte de cierto auditorio de esta bancada.

Completa así Felipe González un cuadro de involución con relación al programa electoral que ofrecieron, que se ha venido desarrollando desde el comienzo de la legislatura a través de sucesos tan significativos como el programa económico, los conflictos con las autonomías el plan de reconversión industrial, el acuerdo económico y social y la sinuosa línea mantenida en su política internacional que culminó ahora con la decisión de permanecer en la OTAN, contraria a toda su conducta anterior y en oposición a la voluntad expresada ya tantas veces por el pueblo español.

Nadie puede llamarse a engaño con la fórmula ofrecida en el debate por el presidente, para disimular los términos de una decisión que no importa otra cosa que un cambio radical de su posición, volcada ahora en un apoyo genérico a la OTAN. La proposición de un decálogo para un acuerdo sobre seguridad nacional no introduce factores nuevos, sino que acumula una serie de lugares comunes (no integración en la estructura militar de la OTAN, reducción de las instalaciones y fuerzas militares de Estados Unidos, radicadas en España, mantenimiento de la desnuclearización del país, integración de Gibraltar en la soberanía española, fortalecimiento del trabajo de España en favor del desarme, o por último, elaborar un plan estratégico conjunto para llegar a un consenso en materia de defensa) la mayoría de los cuales no pasan de ser más que simples declaraciones de intenciones, ya que es escaso el poder de decisión que España puede asumir para consumarlas.

Nos estamos acostumbrando a estas especies de rendiciones de cuenta en bloque, donde todo se considera superficialmente y donde el sonido de las palabras llegan a pesar más por su música que por los conceptos que expresan. Basta una frase para definir el análisis de un proceso y su valorización radicará exclusivamente de la postura desde donde se predica. He escuchado más de una vez, defender una posición exactamente con las

mismas palabras que la descalifican. Algo de esto ocurre con estos torneos oratorios donde la pirotecnia verbal termina por anodarnos de tal forma, que no nos queda resuello ni para pensar. ¿Qué sentido tiene por ejemplo seguir defendiendo el programa económico y confesar que se ha fracasado en la determinación del paro?. ¿No parece acaso evidente que hay una relación directa entre ambas cosas?

Felipe González, al margen de dar su opinión en favor de la permanencia en la OTAN, no aclaró si ésta era la opinión de su partido aunque resulte obvio que éste no ha sido consultado y que sería en definitiva el congreso a realizarse en diciembre, quien lo decida.

Proclamó también que el referéndum sobre la OTAN, tantas veces anunciado se realizaría en febrero de 1986. Nadie advirtió sin embargo que la fecha marcada determina una trampa sutil: ¿Bajo qué gobierno se realizaría?. Estaríamos ya en los límites del vigente e incluso con un muy leve adelantamiento de fechas, fuera ya de sus límites. No estaría de más recordar que es ésta una carta que se guarda el gobierno socialista ante la eventualidad de que se continúe agravando el deterioro de su imagen.

Además, ¿qué valor tendría el referéndum? Felipe González ha dicho ya varias veces que sería simplemente consultivo, sin ningún carácter vinculante.

¿Qué sentido tendría además si sus consecuencias debiera afrontarlas otro gobierno, aun en el caso de que se repitiera un nuevo triunfo socialista?

Jesús Ibáñez comentaba en **Liberación** hace unos días que "lo bueno del estado de la nación es que —según el presidente— vamos avanzando, lo malo —agrega— es que no dice hacia dónde lo peor es que no lo sabe, y lo pésimo es que ni siquiera se plantea la cuestión. Cambiamos pero no vemos el sentido del cambio".

"Son visibles numerosos cambios locales, pero su contemplación nos oculta la visión del cambio global. Muchos índices se mueven hacia arriba y hacia abajo: sube el producto interior bruto y bajan la inflación y el nivel de empleo, suben las torturas y las delaciones y baja el nivel de militancia, sube la implicación de España en bloques económicos y militares y baja la calidad de vida, sube el poder militar y baja el poder sindical, sube la delincuencia y la audiencia de la televisión y baja la capacidad de pensar. Tenemos que situar la mirada a una altura conveniente para ver el proceso en su conjunto".

"El estado de la nación está cambiando, la nación está cambiando de estado. Está pasando del estado sólido al estado líquido. Se ha dicho que la función de los gobiernos socialdemócratas es destruir las resistencias sociales que impiden o dificultan la digestión de los países europeos por las transnacionales: los sindicatos y los colegios profesionales, los núcleos artísticos e intelectuales y las pequeñas o medianas empresas nacionales, las culturas autóctonas y el sentido individual de la responsabilidad".

"Bajo el efecto del cambio perdemos la capacidad de resistir y recordar; nos transformamos en pura fuerza de trabajo, en pura fuerza de consumo, siempre disponibles".

Hasta aquí las reflexiones del colega que consideramos de una elocuencia tremenda.

Pero más dramático resulta el caso, si se advierte que este proceso se está produciendo en España, con un gobierno socialista. Un gobierno y unos dirigentes que sólo atienden la perspectiva inmediata, que es la de seguir ejerciendo el gobierno aun a costa del sacrificio del partido.

La historia recordará este período, como un oscuro borrón en una cuenta luminosa del socialismo español, colmada de sacrificios heroicos y de hombres íntegros, que tuvieron siempre presente la consecuencia con unos principios, la devaluación por el ideario a los que consagraron sus vidas.